

Entrevista a Bernard Lahire, Sociólogo

"En los sectores populares no se lee poco ni sin interés"

Copyright Clarín, 2006.

Los docentes no deberían descartar qué leen ni cómo leen los alumnos de los niveles socioeconómicos menos favorecidos. Si aprovechan esas aptitudes, pueden mejorar la calidad de la enseñanza.

Analia Roffo.

El sociólogo francés Pierre Bourdieu solía decir que la escuela es un lugar tan difícil como el mundo del trabajo porque hay ahí códigos que generan sufrimiento y que es muy difícil desmontar. ¿Coincide?

-Sí, sí. Porque en el mundo escolar se encuentran las primeras grandes desigualdades. Los niños de los ambientes más desprovistos de recursos culturales y escolares, con padres que no tienen título y que pueden ser en algunos casos analfabetos, suelen tener experiencias dolorosas en la escuela. Porque lo que descubren en ese universo rara vez confirma lo que ellos han adquirido hasta ese momento en su familia.

¿Cómo actuar sobre la escuela para atenuar esos dolores?

-La acción, las herramientas, son siempre políticas. No están en manos de los sociólogos ni de los docentes, sino de los políticos. Repito constantemente que contra el fracaso escolar no hay que usar sólo una política educativa. En Francia -mi país- desgraciadamente se piensa por ministerios, no globalmente. Y para llegar a limitar los fracasos escolares, hay que tener en cuenta que la célula familiar, por ejemplo, puede estar desintegrada por un desempleo prolongado. Gran parte de los fracasos escolares derivan de situaciones de ese tipo, que es imprescindible reparar. Por ende, una política de lucha contra la desocupación es objetivamente una política de lucha contra el fracaso escolar.

Intentemos centrarnos en las políticas pedagógicas específicas. ¿Por dónde sugiere empezar para atemperar las experiencias dolorosas de los chicos en las escuelas en desventaja, las de los sectores sociales más bajos?

-Hablemos de la lectura, entonces, de las formas como leen chicos y adolescentes. Cuando los docentes tienen que enfrentar a chicos con dificultades escolares suelen pensar que en la casa no se lee y que nadie tiene intereses de ningún tipo. Falso, obviamente. La sociología puede y debe aportar entonces la posibilidad de establecer una diferencia entre los modos de lectura que se verifican en las familias y los modos de lectura escolares. Los docentes deberían entender que no hay solo un tipo de lectura ni una sola manera de leer.

¿Cuáles serían esas variedades?

-En la escuela, en Francia, cuanto más se avanza en los grados, menos se autoriza a los niños o a los adolescentes a identificarse con los personajes, a interesarse en la historia. Se hace una suerte de lectura mecánica.

¿Es una enseñanza más estructural que emotiva?

-Exacto, se hace lingüística estructural, semiología textual. Es como si usted abriera un motor y sacara las piezas para saber cómo funciona. Y los chicos de los medios populares se resisten a eso, no les interesa. Y tienen razón. Hay que armar una relación bastante intelectual con el texto para que esas mecánicas gusten. El problema es que los docentes creen que a esos alumnos no les gusta leer y no saben leer. Lo que hay que tratar de explicarles a los docentes es que en los medios populares no se lee poco, ni sin interés, sino que no se leen las mismas cosas ni de la misma manera ni con las mismas expectativas de los sectores medios y altos.

¿Cómo describiría las formas de leer de los sectores populares?

-He trabajado haciendo encuestas con familias y adolescentes para saber qué leían y cómo leían. Y es cierto que una de las características de los modos populares de apropiación de los textos es anclarlos en realidades prácticas. Estadísticamente en Francia hay personas que poseen muy pocos libros. Cuanto más se va a los medios populares, vemos que se lee menos, pero no poco, insisto. Son libros prácticos para hombres o mujeres: revistas para hacer fisiculturismo o libros de tejido, recetas de cocina, manualidades de todo tipo. Son textos que no están hechos para ser interpretados sino para ser convertidos en gesto. La escuela olvidó que una parte de los textos -que están presentes en el medio popular- están ligados a gestos, a acciones. Son instrucciones de uso en definitiva.

¿Incluye en ese tipo de textos los diarios, por ejemplo?

-Sí, pero no todo el diario. Hombres y mujeres de los medios populares empiezan leyendo los policiales, los avisos fúnebres, los nacimientos (temas importantes en los diarios locales). Todo lo cercano, lo local, les interesa. En cambio, no leen las noticias políticas ni las económicas. Pero sí leen, y con intensidad, novelas, sobre todo las mujeres. Es interesante destacar que las novelas son leídas como si fueran autobiografías, casi prescindiendo de su carga ficcional. Las mujeres de los sectores populares de Francia (y me animo a decir que de casi todo el mundo) buscan en las novelas una suerte de manual del saber vivir. Muchas mujeres me han dicho que compran una novela con adolescentes que se drogan porque se preocupan por sus propios hijos. O con el tema del divorcio, porque les ha ocurrido o temen que les ocurra. El éxito de "No me iré sin mi hija", de Betty Mahmoody, se relaciona con todas esas situaciones en medios populares de mujeres divorciadas que temen que sus maridos se lleven a sus hijos.

¿Realmente esos modos de leer están descalificados en las escuelas?

-Sí, no lo dude. No parece importar que los chicos se identifiquen con los personajes ni con las situaciones vividas. Importa qué estilo tiene el autor, a qué corriente literaria pertenece. Se hace una lectura casi de crítica literaria, muy adecuada para otros niveles o especialidades, pero no en las escuelas.

Me parece muy legítimo respetar los modos de lectura que los chicos traen de la casa, pero también es cierto que para seguir estudiando o para tener mejores trabajos, se requieren aptitudes de lectura más sutiles y entrenadas.

-¡Claro! La constatación sociológica no debe hacer pensar que está muy bien que en los medios populares se lea lo que se lee y que hay que dejarlos en ese nivel y nada más. Este análisis -esta aceptación de lo que cada alumno trae- debe servir para pensar una estrategia pedagógica. Porque los docentes no deben pensar que trabajan sobre una tabla rasa, ni desestimar conductas de los alumnos, sino saber que se puede progresar sobre esa base hacia una mayor complejidad. Se suele debatir si hay que enseñar de entrada a los grandes autores. Los intelectuales en Francia piensan que sí y yo creo que es un error de estrategia.

Recomiéndeles a los docentes una estrategia mejor.

-No sé si es la mejor estrategia, pero recomiendo ampliar la mirada. Quiero decir que estamos en sociedades -tanto Argentina como Francia- muy heterogéneas, en las que los individuos desde muy temprano se ven confrontados a contextos de socialización muy diferentes. Los individuos son cada vez más el producto de múltiples socializaciones. Antes, los sociólogos hablaban de socialización primaria (la familia) y socialización secundaria (la escuela y todos los otros ámbitos). Pero ahora estamos ante individuos heterogéneos, que tienen lo que yo llamo disposiciones. O sea: maneras de ver, de sentir, de actuar que son heterogéneas e incluso contradictorias. Aprenden que, en la familia, uno se comporta de determinada manera. Pero, con la persona que los cuida porque mamá trabaja, o con el docente, o con los pares, uno se comporta de otra forma. Por lo tanto, lo que digo es que los individuos son mucho más complejos y, en términos de estrategia educativa, si los docentes no son capaces de percibir estas modalidades múltiples, terminan descartando disposiciones y habilidades que impulsan un aprendizaje de mayor calidad. Lo mejor es que los docentes rechacen la idea de que son misioneros.

¿A qué se refiere?

-A menudo los docentes tienen la impresión de que hacen un trabajo de misioneros, por lo que deben arrasar con todo lo anterior a la escuela y todo lo que los chicos traen de otros ámbitos. Y no es así. No se puede cuestionar permanentemente la cultura familiar, ni defender los modos de lectura escolares como si fueran los únicos válidos. Los maestros deberían saber que cuando el ascenso social y cultural finalmente se produce, es porque los alumnos no erradicaron su cultura popular de base, sino que lograron sumar formas de hacer, pensar y sentir heterogéneas y enriquecedoras.